

JAVIER SIERRA

EL CHICO QUE ROMPIÓ LA TELE

Todo empieza con una pequeña tragedia doméstica. Una de esas historias de infancia que se van engrandeciendo en la épica de las leyendas familiares y que, en este capítulo, versa sobre la forja heroica del más insaciable de los lectores.

JESÚS MARCHAMALO

Un día, aquel niño lector que devoraba los libros de Alfred Hitchcock y los tres investigadores, o las aventuras de *Los Cinco*, se subió a un mueble, trepó por los estantes y, torpe y azorado, acabó tropezando con la tele. Uno de aquellos aparatos de apariencia sólida, solemne –televisores se decía todavía, con cierto empaque, en masculino–, pantalla gris brillante y mortecina, mandos

la tele, para que los niños no los estropearan, y el pequeño Javier, intentando alcanzarlos, allí subido, tiró la tele al suelo. Sin querer, pueden imaginar. “Nos asustamos tanto, todos, incluido mi padre”, recuerda todavía, “que ni siquiera me castigaron”.

Tenía nueve o diez años, y dos carnés entonces: uno del FBI que se había hecho él mismo en una cartulina, dibujando el escudo del *bureau*, su nombre en clave y firma; y otro de la biblioteca pública de Teruel –el número ocho–, donde descubrió el prodigio de los libros; aquel lugar que fue un hallazgo deslumbrante donde podías elegir el libro que quisieras y llevártelo a casa: Salgari, Julio Verne, Tintin y Conan Doyle, porque mantenía con su hermano, lector de Agatha Christie, una larga polémica enconada respecto a qué novelas eran las mejores; las de Poirot, su bigote de guía, gesto adusto y sombrero, o las del Holmes, pipa y gorra de *tweed*, *smog* y Scotland Yard.

Y un día don José Oliver, el profesor de Historia, en EGB, que explicaba el descubrimiento de América, aquella gesta –carabelas, vigías, mares embravecidos–, vio cómo Sierra levantaba la mano y preguntaba: “He leído que en realidad los vikingos fueron los primeros en llegar, ¿usted qué opina?”. A lo que don José, provocador, paciente, en vez de regañarle le dijo que lo documentara, que le hiciera un trabajo donde citara las

fuentes y teorías con el rigor de una empresa científica, y que después continuarían hablando. “Y todo eso sirvió para que se despertara mi vocación investigadora, así que nunca se lo agradecí lo suficiente”.

Libros en la maleta

Recuerda aquella larga temporada, en Madrid, estudiando, en que compraba tantos libros que cuando volvía a casa, terminado el trimestre, tenía que esconderlos, mezclarlos con la ropa en la maleta, para disimular. “Me daban una asignación mensual de mil pesetas para gastos, y no digo todo, pero prácticamente todo, me lo gastaba en la Cuesta de Moyano, libros que costaban, no sé, veinticinco, cien pesetas, así que aquellas mil cundían mucho, tanto que tenía que esconderlos”.

Buena parte de aquellos libros están ahora en su casa de soltero, un chalet adosado en Las Matas, una suerte de templo, de refugio, donde guarda sus lecturas de infancia, adolescencia y también un archivo, cuantioso, de revistas y recortes, en carpetas. La otra biblioteca, de uso, de trabajo, movediza, en constante movimiento y que recorre algunos de sus temas y obsesiones, es ésta de su casa; se extiende por las habitaciones y pasillos, y ocupa las paredes y las mesas: Historia, Ciencia, Astronomía, Religiones Egipto, y lo que él define con ese neologismo, *Ocultura*, que señala el lado enigmático, misterioso, del conocimiento.

En los estantes, en un orden parecería ejemplar, *Símbolos perdidos*, *Las enseñanzas secretas*, *El libro de los signos* –voy leyendo en los lomos–, *Historia del veneno*, *Guía*

cromados y mueble de madera, que cayó con estrépito al suelo donde, fatalidad, se rompió el tubo.

Su madre, gran lectora de clásicos –Dumas, Verne o Stevenson– guardaba aquellos libros, cuidadas ediciones, papel biblia y piel editorial, arriba, en una librería, protegidos, encima de



de la España Griática o una biografía de Abraham Lincoln, en inglés, donde asoman, entre las páginas, notas y papeles, porque le gusta sembrar los libros. "Guardo, es verdad, en ciertos libros, fotocopias y recortes, que se relacionan con otros temas, o libros, y que a veces acaban siendo tantos que acaban deformándolos. Igual que me ha gustado siempre hacer mis propios índices; soy un auténtico obseso, y siempre hago el mío, con letra diminuta, en la página de cortesía, que es tanto más amplio cuanto más me interesa el libro".

En su estudio, luz blanca tamizada, casi diurna, estantes ordenados, hay manuales de escritura, diccionarios, libros sagrados, también sus propios li-

bros, y traducciones de sus obras, títulos sobre la exploración espacial, viajes tripulados, astronautas, y un libro que compró en la Feria del Libro de Teruel, todavía crío, y que le cambió la vida: *Recuerdos del futuro*, de Von Daniken, en el que se habla de las civilizaciones del pasado y cómo pudieron ser visitadas por seres de otros mundos. "Daniken me descubrió una visión de la historia que contradecía la de los libros del colegio, y un día, dando catecismo, le pregunté al cura de religión si en el *Antiguo Testamento*, cuando se habla de luces en el cielo, seres ígneos, carros de fuego, no se estaría hablando, en realidad, de ovnis. Imagina la que se lió".

'Sierra Correos'

Aquel libro, tapa de un color marrón anaranjado, título en letras blancas, Plaza y Janés, ocupa su lugar en una balda completa dedicada a Von Daniken; títulos en varios idiomas, distintas ediciones, muy usadas, algunas señaladas con papeles: *El retorno de los dioses*, *Regreso a las estrellas* o *Los ojos de la esfinge*, dedicado: "With best wishes for Javier Sierra, Erich von Daniken".

Porque tenía la costumbre, confiesa, de escribir a todos los autores que le interesaban, además de a editoriales y revistas. Su padre trabajaba en Correos, de cartero, y a los carteros, entonces, se les permitía franquear sin sello. "Ponías, arriba, en una esquina *Sierra Correos* y ya estaba. Eso me permitía dirigirme a mis autores admirados, y escribía a todos; a Antonio Rivera, que publicó un libro sobre la isla de Pascua; a J. J. Benítez; y, sobre todo, a un amigo que tenía entonces en Coruña, Manuel Carballal, muy aficionado también a los mismos temas que yo, y que viendo mis cartas empezó a enviarme las suyas con un *Carballal Correos*, que me obligaba no sólo a pagar el franqueo ordinario, sino también la multa".

En el pasillo, la Enciclopedia Espasa, libros de arte, Da Vinci y Goya, prehistoria, arte rupestre, cuevas, Shakespeare y Cervantes, al lado de títulos sobre el fenómeno ovni, Roswell, avistamientos y encuentros en la tercera fase. También libros de viajes, y guías no convencionales de lugares mágicos, títulos dedicados a la Segunda Guerra Mundial, y la se-



rie, completa, de *Caballo de Troya* de J. J. Benítez, a quien más de una vez esperó en vano, cuenta, en la carretera para ver si veía pasar el mítico Renault 18 con el que recorría todo el país. "Por supuesto, nunca lo vi, y es tranquilizador porque eso sí que habría sido un auténtico fenómeno paranormal". En el salón, una estantería circular y bonita, de madera, que cubre una columna; libros de esos que llegan, un poco de aluvión, y se mezclan

La biblioteca pública de Teruel fue un hallazgo deslumbrante de la infancia: podías llevarte a casa a Salgari, Julio Verne, Tintin y Conan Doyle

sin orden ni concierto: Joan Perucho, Machado, *El principito*, Ken Follett, Ruiz Zafón y Luis Alberto de Cuenca, uno de sus poetas predilectos. También Dan Brown, algunos de sus libros, dedicados. Por ejemplo, ése donde se lee, en inglés: "*Javier, debemos de ser gemelos separados al nacer. Espero que volvamos a estar juntos muy pronto*".

Y ahí lo dejamos. Veo que tiene todavía puesto el árbol de Navidad, en un rincón, cristal y espumillón, y le digo que si espera un poco más ya no le va a hacer falta quitarlo. ☺

El coloquio sobre la biblioteca de Javier Sierra formó parte el pasado mes de mayo del proyecto de **Bibliotecas de escritores de 2017** organizado por la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Fuenlabrada. El siguiente ciclo comenzará en noviembre, en el **Centro de Arte Tomás y Valiente** (calle Leganés, 51).

EL FORASTERO MISTERIOSO. Mark Twain.

Siruela

"Llevo meses con este último escrito de Twain encima de la mesa. De algún modo ha inspirado la que será mi próxima novela y le he tomado un gran afecto. Narra el encuentro de unos chicos con una suerte de taumaturgo capaz de adelantarse al tiempo y de jugar con el destino de los humanos. Un brillante testamento literario".

EL MAESTRO DEL PRADO.

Javier Sierra. *Planeta*

"Empecé escribiéndolo como un desahogo, una forma de explicarme por qué veía en el arte cosas que la mayoría no ve. Y lo que se inició como algo autobiográfico, muy personal, terminó derivando en una novela que en realidad es un alegato a favor de quienes vemos la vida a través del filtro de lo mágico".

EN BUSCA DEL UNICORNIO.

Juan Eslava Galán. *Planeta*

"Su prosa deslumbrante, su historia a caballo entre lo fantástico y lo mundano, pero sobre todo la maestría con la que resolvió algo tan mítico como la búsqueda de unicornios en África por parte del rey de Castilla, me fascinó".